

CARTA

DEL

VENER. SR. D. FRAY AGUSTÍN ANTOLÍNEZ,

ARZOBISPO DE SANTIAGO

AL ILMO. SR. D. SANCHO DE ÁVILA

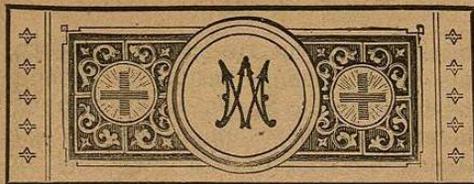
OBISPO DE SIGÜENZA

Hame hecho V. S. singular favor en señalarme por uno de los que han de ver la Vida de nuestro Padre San Agustín, y he considerado cómo honra Dios sus trabajos, despertando grandes varones que los publiquen con su pluma, y V. S. la ha cortado tan delgada en lo que hasta aquí he visto de su Vida, que juzgo será lo mismo en lo restante de ella, y que guardaba nuestro Señor al cabo de tantos años esta empresa para un Prelado que tan al vivo imita á nuestro gran Padre; él me ha despertado un pensamiento muy de su servicio y de provecho para el mundo.

Y es, que el Padre Maestro Fray Luis de los Angeles, coronista portugués y de nuestra Orden, historiador aventajado y curiosísimo en averiguar antigüedades, descubrió en Roma en el Vaticano un libro de nuestro Padre San Agustín, no impreso, cuyo título es: *Suspiria August. El estilo es el mismo de las Meditaciones y Soliloquios, y en el estante adonde estaban éstos de mano, estaba este libro, que por chiquito no se debía de haber descubierto; y es tan dulce Tratado, como V. S. verá; y cortando V. S. la pluma, para traducirle en romance, tan delgadamente como la cortó para la Vida del Santo, será honor suyo, y gran bien para todos, si traducido por V. S. y en su nombre se imprime.*

Comuniquelo con los Padres Maestros de esta Casa, y todos postrados á los pies de V. S. le suplicamos tome este trabajo, que será de gran fruto en la Iglesia de Dios. No hay en Casa más de un traslado del original autorizado, y por el peligro de que no se pierda, no me atrevo á enviarle con ésta; luego se copiará, y le enviaré á V. S. con un propio. Dios guarde á V. S. En Salamanca, á 22 de Junio de 1629.

Fr. Agustín Antolinez.



SUSPIRA *antes de la confesión, pidiendo misericordia á Dios, y dolor de sus culpas.*

DAME, Señor, á mi pecador, una confesión que te agrade; inspira en mi corazón gemidos que puedan llegar á tus oídos; ensancha mi entendimiento, para que pueda recibir tu gran bondad con humilde corazón. Dame que te pida lo que gustares de oír. Imprime en mi alma eso mismo para que seas mi perpetuo gozo; dame lágrimas interiores, nacidas de tu amor, que puedan desatar las prisiones de mis culpas. Oye, Dios mío; oye, lumbre de mis ojos, oye lo que pido, y dame lo que he de pedir para que me oigas. Si me despreciares, perezco; si apartares de mí los ojos, muero; si los vuelves á mí, vivo. Si me miras con justicia, muerto doy mal olor. Si con misericordia, aun dando mal olor

en el sepulcro me resucitas. Si mirares mis culpas, apenas bastan los tormentos del Infierno. Si con tu acostumbra- da piedad pusieres en mí los ojos, po- drásme mudar en mejor. ¡Qué mal no soy yo! ¡Y qué bien no eres Tú! ¡Qué mal no soy yo, criatura corruptible! ¡Y qué bien no eres Tú, Criador y Repara- dor fortísimo de la Tierra! Cai de tu ma- no por mi culpa! Poderoso Artífice eres para volverme á mi verdadera figura; castígame con misericordia, y no me castigues con ira. Aparta de mí lo que aborreciste en mí; no veas en mí cosa que no sea conforme á tu voluntad. Aparta de mí la sensualidad enemiga, y pon en mí el espíritu de continencia y castidad. Mortifica en mí todo vicio, y vivifica mi alma en Ti.

SUSPIRA *antes de la Misa, conociendo
quién es, y quién ha sido.*

PERDÓNAME, Señor, á quien la con- ciencia de mi mala vida hizo tibio, y la confusión de mis pecados hizo cau- tivo. Vesme aquí, yo que no puedo al- canzar perdón para mí, vengo á rogar

por otros; mas porque me tiene preso la misma cadena que al pueblo, por eso lloro los males comunes. Póngote de- lante, Señor, si tienes por bien mirarlo con ojos de misericordia, los gemidos de los cautivos, las tribulaciones de los pequeñuelos, los peligros de los pue- blos, las necesidades de los peregrinos, la pobreza de los flacos, la poca pacien- cia de los enfermos, las flaquezas de los viejos, los suspiros de los mozos, los de- seos de las vírgenes, los llantos de las viudas. No estorbe á tu pueblo mi ora- ción cargado de pecados; yo te ofrezco el deseo; Tú cumple lo que por mi ofi- cio te suplico.

SUSPIRA *con gracias á Dios, ponien-
do en él su esperanza.*

DIOS uno en Esencia, y trino en Per- sonas, en cuya misericordia confío mucho, da salud á mi enfermedad y vida á mi alma. Dame paciencia para sufrir las adversidades, y enséñame la ciencia de la Sagrada Escritura, para que hable de manera que no me aborrezca, y calle de suerte que no entor-

pezca. Tenme fuerte, que no caiga; apriétame de modo, que no me dejes; que Tú eres mi honra, mi alabanza y mi confianza. Dios mío, gracias te doy por tus dones; guárdamelos, Señor, que así me guardarás, y ellos se acrecentarán y mejorarán, y estarás conmigo en todas las cosas; que recibí el ser de Ti y lo que soy, pues vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

SUSPIRA *en los trabajos, pidiendo, en nombre del pueblo, que perdone sus culpas.*

DELANTE de tus ojos, Señor, ponemos nuestras culpas, y juntamente los azotes y llagas que por ellos recibimos: si pesamos el mal que hacemos, menos es lo que padecemos, peor lo que merecemos, más grave lo que cometimos, más leve lo que sufrimos. Sentimos la pena del pecado, y no dejamos la porfía de pecar; con tus azotes se deshace nuestra flaqueza, y nuestra maldad no se muda. El corazón enfermo es atormentado, y su cerviz no se

dobla: gime la vida con el dolor, y en la obra no se enmienda. Si nos sufres, no nos enmendamos; si nos castigas, perecemos. Confesamos en el castigo lo que hemos hecho, olvidámonos después de la pena que lloramos. Si extiendes la mano, hacemos promesas; si detienes el cuchillo, no las cumplimos. Si hieres, damos voces que nos perdones; si nos perdonas, otra vez te obligamos á que nos castigues. Aquí tienes, Señor, los malhechores, que confiesan su culpa: sabemos que somos perdidos si no nos perdonas. Da, Padre Todopoderoso, lo que te pedimos sin merecerlo, Tú que hiciste de nada hombres que te rogasen.

ALABA á Dios Todopoderoso, y pide misericordia y fe para adorar á la Santísima Trinidad.

OH suma Trinidad! Una virtud, Majestad indivisa, Dios nuestro, Dios Todopoderoso, confieso y alábote yo, el menor de tus siervos, y el pequeño de tu Iglesia: confieso y glorificote con debido sacrificio de alabanza, como sé

y puedo, y has querido dar á este pe-
queñuelo; y porque me faltan dones
exteriores que pueda ofrecerte, ofrez-
co lleno de gozo, de todo corazón, con
fe no fingida y conciencia pura, los
deseos de alabarte que en mí hay por
tu misericordia. Creo, pues, en Ti, Rey
y Señor del Cielo y de la Tierra; de
todo corazón y con mi boca te confieso
Padre, Hijo y Espíritu Santo, trino en
personas y uno en substancia, Dios ver-
dadero y Todopoderoso, de una sim-
ple, incorpórea, invisible, inmensa na-
turaleza, que no tienes en Ti cosa
superior, menor ni mayor, sino que
eres de todas maneras perfecto sin feal-
dad, grande sin cantidad, bueno sin
cualidad, eterno sin tiempo, vida sin
muerte, fuerte sin flaqueza, verdadero
sin mentira, presente en todo lugar sin
ocuparle; hinchas todas las cosas sin
extensión; acudiendo á ellas sin con-
tradicción; á todas las pasas sin mover-
te, y estás dentro de ellas, y no fijo;
criaslas sin necesidad, daslas principio
sin ellas tenerle y háceslas mudables
sin mudarte: en bondad sumo, en sa-
biduría inestimable, en consejos terri-
ble, en juicios justo, en pensamientos
secretísimo, en palabras verdadero, en
obras santo, en misericordias rico, para

los delincentes pacientísimo, siempre
uno mismo eterno y sempiterno, inmor-
tal é inmutable, á quien ni el espacio
ensancha, ni la estrechez de lugares
angosta, ni lugar alguno estrecha, ni
la voluntad varía, ni la necesidad cor-
rompe, ni las cosas tristes le turban,
ni las alegres le halagan; á quien ni
quita el olvido, ni pone la memoria, ni
las cosas pasadas pasan, ni suceden
las que están por venir; á quien ni da
el origen principio, ni el tiempo y su-
cesos fin, sino que vives eternamente
ante todos los siglos y en los siglos, por
todos los siglos; y tienes alabanza per-
petua, eterna gloria, suma potestad y
singular honra, perpetuo Imperio y
Reino sin fin, por infinitos, infatigables
é inmortales siglos de los siglos. Amén.

SUSPIRA y da gracias por su Santa
*Encarnación, obras de su Vida y por
el Misterio del Santísimo Sacramento.*

HASTA aquí, Dios Todopoderoso, que
miras y escudriñas mi corazón, he
confesado la Omnipotencia de tu Ma-
jestad y la Majestad de tu Omnipoten-

cia; mas ahora te doy gracias por la santa Encarnación y Nacimiento de tu Hijo Jesucristo nuestro Señor, y por su gloriosa Madre la Virgen Maria, de la cual tuvo por bien tomar nuestra humanidad por nosotros y por nuestra salud. Doyte gracias por su Pasión y Cruz; por su Muerte y Resurrección; por su subida á los Cielos y la majestad con que está sentado á tu diestra. Gracias te doy por aquel sacratisimo derramamiento de su preciosa Sangre, con que fuimos redimidos; y juntamente por el santo y vivifico Misterio de su Cuerpo y Sangre, con que cada día en la santa Iglesia somos apacentados, consolados, lavados, santificados y hechos participantes de tu suma Divinidad.

Yo te doy gracias por aquella admirable é inefable caridad con la cual (aunque indignos) nos amaste y salvaste por tu único Hijo Jesucristo Señor nuestro.

Gracias doy, Señor Dios nuestro, con mi lengua y con mi corazón, con toda la mayor fuerza que puedo, á tu infinita misericordia por todas tus misericordias con que quisiste socorrernos misericordiosísimamente, estando perdidos. Bendigo, pues, misericordioso Señor,

tu santo nombre, y glorificote de todo mi corazón por aquella inefable y maravillosa unión de Divinidad y Humanidad en una Persona, para que no fuese uno Dios y otro Hombre, sino un mismo Dios y Hombre y Dios. Rúegote, Padre misericordiosísimo, que acabes en nosotros lo que comenzaste, para que merezcamos llegar á la plenitud de la gracia de tu piedad. Gloria al Padre que nos crió; gloria al Hijo que nos redimió; gloria al Espíritu Santo que nos santificó; gloria sea á la suma é individua Trinidad, cuyas obras son inseparables, cuyo Imperio permanece sin fin. A Ti se debe toda alabanza, todo himno, toda honra, virtud y fortaleza, que eres Dios nuestro, en los siglos de los siglos. Amén.



SUSPIRA *confesando su flaqueza y miseria y pidiendo á Dios perdón de ella.*

PERDÓNAME, Señor mío, perdóname, y ten misericordia de mí; perdona mi ignorancia y mi mucha imperfección; no me quieras desechar como á

temerario porque me atreva siendo tu siervo. ¡Ojalá fuera yo bueno, y no malo y tan sin provecho!; y por eso soy muy malo, pues alabo, bendigo y adoro á mi Dios Todopoderoso, terrible y en gran manera digno de ser temido sin dolor de corazón y sin grande abundancia de lágrimas, y sin la reverencia debida y temor á tal Señor. Porque, si los ángeles te adoran, alaban y tiemblan llenos de maravillosa alegría, ¿cómo, cuando yo, pecador, estoy delante de Ti, y te digo alabanzas, ofreciendo sacrificio, no teme mi corazón, mi semblante no se muda y mis labios no rehilan, ni se me erizan los cabellos? ¿Cómo, derramando lágrimas, no lloro sin cesar delante de Ti? Quiero, mas no puedo, porque no sé lo que deseo: de aquí es que me admiro mucho cuando con los ojos de la fe te considero terrible. Mas ¿quién podrá hacer esto sin el favor de tu gracia, pues toda nuestra salud está puesta en tu gran misericordia?

¡Oh miserable de mí, y qué terrible está mi alma, pues no se asombra y espanta cuando está delante de Dios y canta sus alabanzas! ¡Oh miserable de mí, cómo se ha endurecido mi corazón, que mis ojos no producen ríos de

agua, interin el siervo habla con su Señor, el hombre con Dios, y la criatura con el Criador; el que fué hecho de barro con el que todo lo hizo de nada! Vesme aquí, Señor, puesto delante de Ti, y que lo que siento de mí en lo más escondido de mi corazón, confieso á tus oídos de Padre. Tú eres rico en misericordia, largo en premios; dame de tus dones para que te sirva con ellos, porque no te podemos servir ni agradar si no es con tu ayuda: atraviesa mis carnes con tu temor, alégrese mi corazón para que tema tu nombre. ¡Ojalá así te temiera mi alma pecadora como temió aquel santo varón que dijo: Siempre temí á Dios como unas olas hinchadas que venían sobre mí! Dios mío, Dador de todos los bienes, dame entre tus alabanzas una fuente de lágrimas, acompañada con pureza de corazón y alegría de mi alma, para que, amándote perfectamente y alabándote dignamente, sienta, guste y sepa con el paladar de mi corazón cuán dulce y suave eres, Señor, como está escrito: Gustad y ved cuán suave es el Señor. Bienaventurado el varón á quien, en este valle de lágrimas en que le pusiste, das la mano, y en él hizo escala en su corazón para llegar á

Ti. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa; alabarán en los siglos de los siglos. Amén.



SUSPIRA por el amor de Dios y por su Casa: pídele que ruegue á su Señor por él.

OH Resplandor de la Gloria del Padre, que estás sentado sobre los querubines y miras los abismos; lumbre verdadera, lumbre que alumbras, y lumbre que no puede faltar, en quien los ángeles desean mirarse, mira mi corazón delante de Ti, echa de él sus tinieblas, para que se bañe más abundantemente de la caridad de tu amor! Dátame, Dios mío, y tórnateme á dar. He aquí te amo, y, si es poco, ámete más: por tanto, Rey mío, Dios mío, guiado de tu gracia entraré en el retrete de mi corazón, y llorando te cantaré cantares de amor, con inenarrables gemidos, en el lugar de mi peregrinación, adonde tus Mandamientos se han hecho para mí canciones sua-

ves; y acordándome de Jerusalén ex-tiendo y ensancho los sentidos de mi corazón, para recibir á mi patria Jerusalén mi madre: á Ti, que eres su Rey, su Luz, su Padre, su Protector, su amparo, su Patrón, su Gobernador, sus regalos castos y fuertes, su gozo perdurable, y todos los bienes inefables y todas las cosas juntas, porque eres sumo y verdadero Bien.

No me apartes de Ti, hasta que en la paz de mi muy amada Madre sean para Ti las primicias de mi alma, y cojas todo lo que soy del derramamiento y deformidad, y me conformes y confirmes en Ti, Dios mío y Misericordia mía. ¡Oh Casa de Dios, resplandeciente y hermosa! Yo he amado tu hermosura, y el lugar de la habitación de la Gloria de mi Dios y Señor, tu Hacedor y Poseedor. A ti suspire mi peregrinación, al que te hizo digo, para que me posea en ti, pues que El nos hizo á mí y á ti. Mas habla tú, ruega tú, que me haga digno de participar tu gloria; que no busco tu santa compañía, ni deseo tu admirable hermosura por mis merecimientos, sino por la sangre de quien me redimió espero alcanzarla: solamente me ayuden tus merecimientos y tus santas y

purísimas oraciones remedien á mi maldad, pues no pueden dejar de ser poderosas delante del Señor.

Yo confieso que he andado errado como oveja perdida, y que este mi destierro se ha alargado, y que estoy desechado del rostro del Señor en la ceguera de este destierro, adonde, echado lejos de los gustos del Paraíso, lloro cada día conmigo sobre las miserias de mi cautividad, y canto cantos tristes y lastimosos cuando me acuerdo de ti (¡oh madre Jerusalén!), porque mis pies están en tus zaguanes, santa y hermosa Sión; y aunque no pueda ver claramente los alcázares de adentro, mas espero que algún día seré llevado á ti en los hombros de mi Pastor y tu Edificador, para que dé saltos de placer contigo, con aquel gran gozo con que se gozan todos los que están delante del mismo Dios y Salvador nuestro, el cual en su Carne deshizo las enemistades, y con su Sangre apaciguó todo lo que hay en el Cielo y en la Tierra, porque El es nuestra paz, que hizo de dos cosas una y juntó en Sí las dos paredes que parecían contrarias una á otra, y nos prometió dar, con la misma medida y de una manera, la perpetua felicidad de tu bienaventu-

ranza, cuando dijo: Serán iguales en el Cielo á los ángeles de Dios.

¡Oh Jerusalén, Casa de Dios eterna! Después del amor de Cristo mi Bien, tú me seas mi alegría y mi consuelo, y la dulce memoria de tu bienaventurado nombre sea alivio de mi tristeza y refrigerio de mis penas, porque me cansa mucho, Señor, esta vida y esta prolija y triste peregrinación! ¡Oh tú, vida felicísima! ¡Oh Reino verdaderamente bienaventurado, que careces de muerte y no tienes fin! Adonde no van corriendo los tiempos por sus siglos, y adonde todo es un continuo día sin noche, ni saber qué es mudanza de tiempo; donde el soldado victorioso, coronada su noble cabeza con una eterna corona, acompañado con aquellos coros músicos de los ángeles, canta á Dios sin cesar un cantar de los cantares de Sión.

¡Oh, si perdonados mis pecados, dejando luego al punto esta molesta carga de mi carne, entrara en tus gozos á tener descanso verdadero en las excelentes y hermosas murallas de tu ciudad, á ser coronado de mano del Señor con la corona de la vida, para estar presente en aquellos santísimos coros, y asistir con los espíritus bienaventurados del Autor de la Gloria, y ver pre-

sente el Rostro de Cristo mi Bien, y mirar siempre aquel sumo inefable sin límite y sumo resplandor, y de esta suerte estar libre de todo temor de la muerte y poder alegrarme sin fin del don perpetuo de la inmortalidad! Dichosa el alma que, libre de este cuerpo de tierra, camina al Cielo, y segura y quieta no teme al enemigo ni á la muerte, porque siempre tiene presente y contempla sin cesar á aquel hermosísimo Señor á quien sirvió, á quien amó y á quien, finalmente, alegre y gloriosa llegó.

Mas esta gloria de tan gran bienaventuranza no la podrá menoscabar el tiempo, ni otra ninguna fuerza podrá quitarla. Las hijas de Sión vieron esta alma y la pregonaron por bienaventurada, y las reinas y esposas del Señor la alabaron diciendo: ¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de regalos, recostada sobre su Amado? ¿Quién es ésta que sale como la mañana que se levanta, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, terrible como un escuadrón bien ordenado? ¡Cuán alegre sale, cómo se da priesa y corre cuando sale, con atención oye decir á su Amado: Levántate, amiga mía y hermosa mía, date priesa y ven, que ya ha pasado el

invierno, ya han cesado las lluvias, han aparecido flores en nuestra tierra y ha venido el tiempo de la primavera; ya se ha oído la voz de la tortolilla en nuestra tierra, y la higuera ha mostrado su fruta y las floridas viñas han dado olor de sí; levántate ya y date priesa, amiga mía, hermosa mía, paloma mía, en las quiebras de la piedra y en la cueva del cercado; muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos, porque tu voz me es dulce y tu rostro hermoso! Ven, escogida mía, Esposa mía, para que te alegres en mi acatamiento con mis ángeles, cuya compañía te he prometido tantas veces; ven, después de muchos peligros y trabajos, y entra en el gozo de tu Señor, que nadie te le quitará.



MIRANDO *la Casa de Dios, vió los moradores de ella y bienaventurados, y pideles que nos socorran.*

DICHOSOS todos los santos de Dios, que ya pasasteis el piélago de esta vida mortal y merecisteis llegar al puerto de la eterna quietud, seguridad

y paz, adonde estáis ya seguros, y sin sobresalto siempre alegres y gozosos! Ruégoos por vuestro amor (que pues ya estáis sin cuidados de lo que os toca) le tengáis de nosotros; y pues ya no podéis temer que se marchite la gloria de que gozáis, estad solícitos de nuestras muchas miserias. Ruégoos, por Aquel que os escogió é hizo tales, de cuya hermosura ya estáis llenos, de cuya inmortalidad ya sois inmortales, de cuya dichosa vista estáis siempre gozosos, que os acordéis siempre de nosotros y favorezcáis á estos miserables que, aun todavía en el mar de esta vida, nos cercan sus peligros y combaten sus olas y tempestades. ¡Oh puertas hermosísimas que os habéis levantado á grande alteza, ayudadnos, que somos un polvo tan inferior á vosotros! Dad la mano y poned á los caídos sobre sus pies, para que, convaleciendo de nuestra enfermedad, nos hagamos robustos en la guerra. Interceded y rogad constantemente y sin cesar por nosotros miserables y muy negligentes pecadores, para que por vuestras oraciones nos juntemos en vuestra santa compañía; porque de otra suerte no podemos ser salvos, pues somos tan flacos hombrecillos de ninguna virtud, animales, es-

clavos de la carne y de la sangre, en quienes apenas se descubre algún rastro de bondad; porque, en cuanto no se acabase nuestra miseria, no se cumplirá del todo vuestra felicidad: que vosotros de entre nosotros fuisteis hombres, y nosotros hijos de hombres, puestos debajo de la Confesión de Cristo nuestro Señor, gozamos del árbol de la Cruz, navegando por este mar grande y espacioso, adonde hay sabandijas sin número y animales grandes y pequeños; adonde está el Dragón cruelísimo siempre aparejado para tragarnos; adonde están los golfos peligrosos de la Scila y Caribdis y otros innumerables peligros en los cuales padecen naufragio los que navegan sin recato y los dudosos en la Fe. Rogad á Dios, rogad, piadosísimos, rogad todos los ejércitos de santos y todas las juntas de los bienaventurados, para que, ayudados con vuestros ruegos y merecimientos, salva la nave y enteras las mercaderías, merezcamos llegar al puerto de la perpetua salvación, quietud y felicidad, que nunca ha de tener fin. Amén.



VUELVE Á SUSPIRAR *por la Casa
Celestial de Dios con ansias de ver-
-se en ella.*

MADRE Jerusalén, Ciudad Santa de Dios, Esposa carísima de Cristo, mi corazón te ama, y mi alma en gran manera desea tu hermosura. Toda eres hermosa y en ti no hay mancha ninguna. Gózate y alégrate, hermosa hija del Príncipe, porque el Rey más hermoso sobre los hijos de los hombres ha deseado tu rostro y amado tu hermosura. Pero ¿cuál es tu querido entre todos los queridos, oh hermosísima Princesa? Mi amado es blanco y colorado, escogido entre millares; como el manzano entre los árboles de las selvas, así es mi querido entre los hijos de Adán. ¡Oh qué alegre descanso á la sombra de Aquel que deseé, y su fruto es dulce á mi paladar! Mi amado probó la mano en el resquicio de la puerta, y mis entrañas se estremecieron á su toque. Busqué de noche en mi cama al que ama mi alma, y no estaba allí; levánteme, busquéle, y halléle, y tén-gole y no le dejaré hasta que me lleve á su casa y retiramiento.

Gloriosa Madre mía, allí me darás tus dulcísimos pechos más perfectamente, y con maravillosa abundancia me hartarás, de manera que jamás tenga hambre ni sed. Dichosa siempre mi ánima, y por todos los siglos bienaventurada si mereciere ver tu gloria, tu bienaventuranza, tus puertas, tus muros, tus plazas, tus muchas casas, tus nobilísimos ciudadanos y tu fortísimo Rey, Señor nuestro, en su gloria y majestad; porque tus muros son de piedras preciosas, tus puertas de finísimas margaritas, tus plazas de oro purísimo, en las cuales sin cesar se canta una agradable aleluya; tus casas fundadas con muchas piedras cuadradas, fabricadas de zafros y cubiertas con azulejos de oro, en las cuales no entra ninguno que no esté limpio, ningún manchado las habita.

Hermosa eres, y suave en tus deleites, Madre Jerusalén: no hay en ti cosa alguna de las que aquí padecemos y vemos en esta miserable vida. No hay en ti noche, ni tinieblas, ni mudanza alguna de tiempo; no luce en ti la luz del Sol, ni el resplandor de la Luna, ó la claridad de las estrellas; sino Dios de Dios, Luz de la luz, Sol de justicia es el que te alumbra.

El cordero blanco y sin mancilla es tu resplandeciente y hermosísima luz; tu Sol, tu claridad y todo tu Bien es una contemplación continua de este bellísimo Rey de los Reyes, que está en medio de ti, rodeado de sus criados; allí están los músicos, coros, cantores de angélicos himnos; allí la compañía de los soberanos ciudadanos; allí está el dulce regocijo y solemnidad de todos los que de esta peregrinación van á tus gozos; allí está el prevenido coro de los Profetas; allí el número de los Apóstoles y el victorioso Ejército de innumerables Mártires; allí la Sagrada Congregación de los santos Confesores y los verdaderos y perfectos Religiosos; allí las santas mujeres, que vencieron los deleites de este mundo, y su flaqueza natural; allí los niños y niñas, que con sus santas costumbres excedieron los límites de sus años; allí están las ovejas y corderos, que ya se escaparon de los lazos del deleite. Todos saltan de placer en sus propias majadas. Desigual es la gloria de cada uno, mas común es de todos la alegría; allí reina una caridad cumplida y perfecta, porque está allí Dios todo en todos, al cual sea honra y gloria en los siglos de los siglos. Amén.

VISTA la Casa de Dios, convida á su alma para que alabe al Señor y le llame con fe viva.

GRANDE es el Dios Señor nuestro y digno de grande alabanza. A Este, pues, ame nuestro corazón, alabe la lengua, escriba la mano, y en estos santos ejercicios se ocupe el alma fiel. El varón de deseos, y contemplador de las cosas celestiales, se harte con los regalos de esta vida y divina contemplación, para que, sustentado con este pasto celestial, clame á voz en grito de lo íntimo de su corazón, y á voces, con regocijo y con encendido deseo de su alma, diga: ¡Oh sumo, bonísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo, justísimo, secretísimo, fortísimo, incomprensible y estable, invisible, que todo lo ves; inmutable, que todo lo mudas; inmortal sin término, y medida que no hay lugar que te abrace; sin fin, inestimable, inefable, inescrutable, inmovible, aunque todo lo mueves; investigable, inenarrable, terrible, digno de ser temido, honrado y reverenciado; nunca nuevo, nunca envejecido; todo lo renuevas, envejeciendo á los soberbios sin que lo

entiendan; siempre obras, y estás quieto; recoges, y no tienes necesidad; llenas todas las cosas sin peso; todas las hinchas sin estar encerrado en ellas; y todas las crias, amparas, sustentas y perfeccionas! A Ti, pues, Señor, te llama mi fe, que por tu bondad me diste para mi salvación, que el alma fiel por la fe vive, y tiene en la esperanza lo que realmente ha de poseer.

Llámame, Dios mío, mi pura conciencia y el amor suave de mi fe, á la cual (desterradas las tinieblas de mi ignorancia) me trajiste para el conocimiento de la verdad, y sacaste de la ignorancia y ciega amargura del mundo, y, añadida la dulzura de tu mano y caridad, me la volviste dulce y sabrosa. Llámame, Beatísima Trinidad, la voz clara, el puro y sincero amor de mi fe, con que me alumbraste desde mi niñez con el resplandor y luz de tu gracia, y aumentándola la confirmaste en mí con la doctrina de la Santa Madre Iglesia. A Ti llamo, bienaventurada, bendita y gloriosa una Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Dios, Señor, consolador, amador, gracia, comunicación, engendrador, engendrado y regenerador; verdadera lumbre, lumbre de verdad, y verdadera iluminación, fuente, río

y riego de todas las cosas; por uno son todas las cosas, de quien y por quien y en quien viven, viviente de vivientes y vivificador de todas.



SUSPIROS *nuevos á la Santísima Trinidad, para que nos libre de los vicios y nos dé todas las virtudes.*

A Ti invoco, bienaventurada Trinidad, para que vengas y habites en mí, y me hagas templo digno de tu Gloria. Ruego al Padre por el Hijo, ruego al Hijo por el Padre, ruego al Espíritu Santo por el Padre y por el Hijo, que todos los vicios se alejen de mí, y todas las santas virtudes en mí se planten. Dios inmenso, de quien, por quien y en quien todas las cosas visibles é invisibles tienen ser, que tus obras rodeas por fuera, y llenas por dentro; por encima las riges, y debajo las sustentas; mira por mí, que soy obra de tus manos, que espero en Ti, y sólo confío en tu misericordia; guárdame aquí, y en todo lugar; ahora y siempre; dentro y fuera; delante y por las espaldas; cerca y alrededor; de manera que

no hallen entrada ni lugar en mí las asechanzas de mis enemigos. Tú eres Dios, y no hay otro fuera de Ti, ni arriba en el Cielo, ni abajo en la Tierra, Señor, que obras cosas grandes y maravillosas. Dios mío, vida mía, fortaleza y alabanza mía, á Ti se debe alabanza; á Ti honra y himnos; á Ti todos los Angeles y Cielos y todas las Potestades cantan himnos y alabanzas. Alámente, Señor, aquellos soberanos ciudadanos magnífica y honrosamente. Alámete el hombre, que es gran parte de tus criaturas; y yo también, hombre pecador, con gran deseo te deseo alabar y amar con extremado amor. Dígnate, pues, de que yo te alabe; da luz á mi corazón, palabras á mi boca para que él medite tu gloria, y mi lengua cante todo el día tus alabanzas. Mas porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador, y yo tengo manchados mis labios, suplicote límpies mi corazón de todo lo que le mancha y afea.

Santificame, Santificador omnipotente, dentro y fuera, y hazme digno de que te alabe. Recíbeme benigna y afablemente de mano de mi corazón, y del amor de mi alma; recibe el sacrificio de mis labios, y sea agradable á tus

ojos y suba á Ti; tu santa memoria y tu beatísima dulzura tome posesión en toda mi alma, y la arrebatte el amor de las cosas invisibles; pase, Señor, de las cosas visibles á las invisibles, de las terrenas á las celestiales, de las temporales á las eternas, pase, y vea una visión maravillosa. ¡Oh eterna verdad! ¡Oh verdadera caridad! Tú eres mi Dios, á Ti suspiro de día y de noche; Tú sólo eres blanco de mi deseo, á Ti deseo llegar, que con tu poder nos hiciste de nada; y estando perdidos por nuestra culpa, por tu piedad y bondad nos hallaste. Ruégote no permitas seamos ingratos á tan grandes beneficios, é indignos de tan grandes misericordias.

A Ti ruego, pido y suplico que aumentes en mí la Fe, la Esperanza y Caridad. Haz, Señor, por tu gracia que seamos firmes en la Fe y eficaces en la obra, para que por Fe recta y obras condignas de ella lleguemos por tu misericordia á la vida eterna, para que, viendo tu Gloria como es en sí, adoremos tu Majestad. Gloria sea al Padre que nos crió; gloria al Hijo que nos redimió; gloria al Espíritu Santo, que nos santificó. Gloria sea á la Suma Trinidad cuyas obras son inseparables,

cuyo imperio permanece para siempre. A Ti se debe alabanza, á Ti himno, á Ti se debe toda honra, virtud y fortaleza, que eres mi Dios en los siglos de los siglos. Amén.

DE NUEVO SUSPIRA *por Jesucristo nuestro Señor, suplicándole por su amor.*

OH Jesús, redención nuestra, amor y deseo, Dios de Dios, favoréceme, que soy tu siervo! A Ti llamo para mi alma; entra en ella disponiéndola como para Ti, y que la poseas sin arruga ni mancha, porque á tan puro Señor se debe limpia morada. Santificame, pues, en mí, que soy vaso tuyo, obra de tus manos; déjame vacío de toda maldad, híncheme de tu gracia, y consérvame lleno de tal manera, que me haga templo dignísimo de que habites en mí aquí y para siempre. Dulcísimo, benignísimo, amabilísimo, Tú eres para mí más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más suave que el néctar, más precioso que las perlas y el oro; más subido en mis ojos que los tesoros y hon-

ras de la Tierra. ¿Qué digo, Dios mío, única esperanza mía, tan grande misericordia mía? ¿Qué digo, dulzura dichosa y segura? ¿Qué digo cuando tales cosas digo? Digo lo que puedo, mas no lo que debo. ¡Ojalá pudiera decir lo que dicen aquellos músicos coros de los ángeles cantadores de himnos! ¡Oh qué de buena gana me deshiciera en tus alabanzas! ¡Oh con cuánta devoción estuviera diciéndote sin cansarme en medio de tu Iglesia aquellos himnos y cantares de tu Celestial Capilla en alabanza y gloria de tu Nombre!

Mas, porque no puedo tanto, ¿por ventura callaré? ¡Ay de los que no hablan de Ti! Porque los parleros son mudos cuando no dicen tus alabanzas. ¿Quién dignamente te puede alabar, oh inefable virtud y sabiduría del Padre? Y pues no hablo palabra con que poder-te suficientemente explicar, poderosísima y sapientísima palabra, diré ahora lo que puedo, hasta que seáis servido que vaya á Ti, para que pueda decir lo que á Ti se debe y yo deseo. Y así, con humildad te pido que no mires tanto á lo que ahora digo, cuanto á lo que deseo decir; porque deseo entrañablemente cumplir mi obligación, pues á Ti se deben alabanzas, himnos, cantos